

Mario Osses

Noticiario

“LA FILOSOFÍA EN CHILE EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX” Y “TRAGEDIA Y REALIZACIÓN DEL ESPÍRITU. DEL SENTIDO DE LA MUERTE Y DEL SENTIDO DE LA VIDA” dos obras de don *Enrique Molina*, Nascimento, 1952

Con la generosa acuciosidad que todos le conocemos y agradecemos, el presidente de la Sociedad de Filosofía nos ofrece nuevos productos de su octogenaria cosecha.

No es en verdad fácil encimar el tema prometido por el primer título, pero don Enrique sortea las dificultades con expedición sabia, y si el asunto es parvo, grande y avezada es la maestría que lo acrece.

El estudio es consolador, pues aparte la obra ingente de la autoridad que lo escribe y copia de influjos europeos y hasta norteamericanos, cuentan unos cuantos nombres nacionales de personas estudiosas que sustentan gran amor por la filosofía.

El libro puede estimarse como Memoria de la Sociedad. Hermoso gesto de competencia galante con que don Enrique invita a filosofar a sus miembros ponderándoles el camino recorrido.

La segunda obra está en la madurez de la brecha optimista y activista que hemos podido apreciar desde los “Ensayos de Filosofía

Americana” hasta Nietzsche, Dionisiaco y Asceta”. Nuestro autor posee una sola línea, a la cual debemos la pureza y claridad con que dibuja su pensamiento. La problematicidad aneja a la especulación abstracta y preñada tórnase leve y fácil en la pluma meridiana de un maestro que inmerge en la filosofía como en atmósfera natural. Allí le sentimos discurrir a su regalado gusto, sin angustia existencialista y con recio empuje al servicio de la civilización y del progreso.

Quizá fuera posible intentar esquematización sistemática de los puntos de vista de don Enrique. Nada como reparar en algunos remansos que compendien su criterio metafísico y moral y confirmen suficientemente los asertos sobre contenido y expresión en nuestro comentado. En “Tragedia y realización del Espíritu” espiamos piensa con Parménides “el Ser es único, infinito y eterno”, al paso que con Spinoza coincide en cuanto lo “absoluto se refiere a su sustancia, mientras sus modos son contingentes”. Los problemas del origen, naturaleza y finalidad del Ser, se resuelven: “Dado que la vida y su más preciada flor, la razón humana, no han existido siempre, no se puede dejar de concebir el Ser como llevando en su seno en potencia la vida y el espíritu, o sea, la capacidad de ir ofreciendo nuevas estructuras. La serie de éstas la forman cuerpo físico, vida, alma, espíritu. Capacidad que equivale a suponer en la entraña del Ser una potencialidad creadora, vale decir una divinidad inmanente. No cabe concebir a Dios sino como inmanente al Ser. Dios vive en nosotros y se realiza por medio de nosotros”.

El “imperativo de existencia” del Ser es doloroso, trágico, para don Enrique, pero la realización misma es gozosa, a pesar de la fatalidad del trance perpetuamente hacia lo desconocido. Ofrece el consuelo y el premio que derivan de la práctica de los valores: así el coraje, la bondad, la verdad y la justicia son “cual los lados de la falange que protege al espíritu en su avance hacia lo desconocido”.

En “Del sentido de la muerte y del sentido de la vida” se afianza el optimismo cientista donde la angustia de un Kierkegaard o

un Heidegger no pueden prosperar. El espiritualismo pragmático encuentra sesudo apoyo esta vez en las doctrinas melioristas de Lecomte de Noüy, para quién el advenimiento de una especie de "superhombre" ha de señalarse por un grado de espiritualización hondo de esclavitud filosófica, de animal sensualidad.

No sabemos, en rigor, cómo pudiera ser posible esta perspectiva, y ni siquiera admitimos su encomio; pero celebramos el buen sentido de don Enrique cuando se pronuncia por "la cultura espiritual que florece sobre amplia, sólida y suficiente base material y económica" y cuando recuerda la deletérea acción del imperialismo norteamericano sobre nuestro continente "civilizado para consumir y primitivo para producir".

En ditirambos al amor y a la libertad, se nos insinúa una solución sobre el destino del Ser que supere a la teológica, incompatible con el libre albedrío: "El designio creador habría llegado en su planear sólo hasta el momento en que el espíritu humano o humanizado entró en acción. Desde ese instante el proceso de la vida y de lo existente habría quedado entregado, en medio del juego de las leyes de las fuerzas cósmicas, a la espléndida libertad creadora del espíritu del hombre".

Conclusión confortable que puede conducirnos a través de la metapsicología hasta la idea de inmortalidad.

El estudio "Leyendo de nuevo a Descartes" tiene como subtítulo "Descartes y Spinoza". Ampliamente favorable al holandés, a quien ha llamado "genial" en las primeras páginas, impugna los resabios de mediévilica religiosidad y de concienzalismo en el "padre de la filosofía moderna". Don Enrique está por el ontologismo spinoziano, en cuyo homenaje ensancha el "Pienso, luego existo" hasta convertirlo en "Pienso, luego existo y el Ser existe". De este modo no habría tenido Descartes que solicitar la "ayuda de Dios para reintegrar el mundo realista, tan despectivamente despedido, a la esfera del saber cierto". Y siguiendo a Jaspers, elogia al creador del "Discurso del Método" por el impulso que diera a las cien-

cias matemáticas, mientras lo vapulea por su acción nula, inexistente o aun perturbadora en lo que se refiere a las ciencias naturales.

El elogio de Spinoza culmina con la cita de pasajes de la "Ética" en que el holandés exalta su doctrina monista y la corona con los gajes que se derivan de su observancia. Descuellan la beatitud del conocimiento de Dios (soberano bien allende toda recompensa), la ecuanimidad ante los reveses de la fortuna y el amor de nuestro prójimo siguiendo en todo las saludables normas de la razón.

Termina el libro con un estudio sobre "La sabiduría de los griegos". Como en su "Herencia de la filosofía griega", los temas se hallan tratados con calor y amenidad: sobresalen aquellas páginas destinadas a Sócrates y a los estoicos, especialmente a Marco Aurelio, de quien "ha dicho Renán que fué el más grande de la raza latina y Taine que ha sido el más grande hombre de todos los tiempos".

En equilibrio lógico y la imperturbabilidad de ánimo, el "logos" y la "sofrosine" culminan en los dilectos pensadores y acompañan a don Enrique en los sazonados frutos que ofrece vigorosamente a la cultura filosófica.

"SENECIO" de *Matilde Puig*, Ediciones Mandril, 1952

Conjunto de cuentos de escritora talentosa, culta, de gusto, florece en dos narraciones de indudable calidad, a nuestro juicio: El Lobanillo y Telescopio. ¡Lástima sólo que haya existido el autor de La Metamorfosis y El Ayunador, con quienes se hallan o merecen hallarse estrictamente emparentados!

Los desdoblamientos y enajenaciones, la literatura atomizada, mínima y dispersa que pretende sumergirse en el curso vivencial, es azarosa. Bien lo comprendió el autor no siempre feliz del "Ulises" cuando bautizó a su obra digresiva, episódica, inopinada con que